

COLECCION
DE LOS APOLOGISTAS ANTIGUOS
DE LA RELIGION CHRISTIANA,

SAN JUSTINO, TACIANO DE SIRIA, ATENAGORAS,
TEOFILO DE ANTIOQUIA, TERTULIANO, MINUCIO
FELIX Y ORIGENES.

TRADUCIDOS Ó ANALIZADOS:

Obra escrita en Francés por el Señor Abate de Gourcy, Vicario General de Burdeos y de Cambray, y Miembro de la Academia Real de Nancy:

TRADUCIDA AL CASTELLANO,

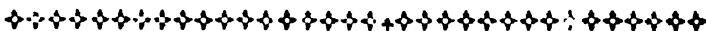
Y DEDICADA AL SABIO CLERO DE ESPAÑA

POR DON MANUEL XIMENO Y URIETA,
Doctor en Sagrada Teología y Opositor
á Cátedras.

TOMO PRIMERO.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.
MDCXCII.



APOLOGIA DE ATENÁGORAS.

A los Emperadores Marco Aurelio Antonino, y Lucio Aurelio Cómodo, Armenios, Sarmáticos, y lo que es mas todavía, Filósofos.

N. 1. Los pueblos, ó grandes Príncipes, que están sujetos á vuestro Imperio, tienen leyes, costumbres y Religiones muy diferentes unos de otros; mas no por eso dexan de tener libertad para seguir sus leyes, sus costumbres y sus Religiones, por ridículas que sean. Los Egipcios tienen libertad para tributar honores divinos á los gatos, á los cocodrilos, á las serpientes, á los perros: (Atenágoras nombra otros muchos pueblos.) Todos, en una palabra, experimentan incesantemente los efectos de vuestra clemencia, de vuestra dulzura y de vuestra beneficencia; y el mundo entero, á la sombra de vuestros cuidados paternales, goza de una paz profunda. Los Christianos son los únicos, de quienes, parece, que no haceis aprecio, y cuyo nombre basta por sí solo para excitar el aborrecimiento; quando solamente el crimen es merecedor del odio y de los suplicios. Vos permitis, que unos hombres inocentes, y penetrados, como harémos ver, de los sentimientos mas

religiosos hácia Dios y hácia los Emperadores, sean oprimidos, arrojados y perseguidos, en desprecio de la equidad, de las leyes y de la razon.

Nosotros no temémos exponer al público nuestra causa; ni os suplicamos, sino que volvais tambien hácia nosotros vuestras miradas, y no permitais, que nuestros calumniadores nos degüellen: porque no se contentan nuestros enemigos con robarnos los bienes y la honra, esto es, lo que los hombres miran como mas precioso. Verdad es, que nosotros despreciamos todo esto; y no solamente hemos aprendido á no vengarnos de los malos tratamientos, ni pedir venganza ante los Tribunales; sino que antes por el contrario, si nos dan una bofetada, presentamos la otra mejilla, y si nos quitan nuestra túnica, cedémos tambien nuestra capa. Pero es el caso, que despues que abandonámos nuestros bienes, se ponen asechanzas contra nuestra vida: y se nos acusa de una multitud de crímenes, de que apenas podría sospecharsenos, pero que nosotros podríamos con fundamento imputar á nuestros acusadores.

N. 2. Decimos con osadía; si se nos puede vencer de qualquiera crimen, no pedimos perdón, antes bien estamos prontos á sufrir los mas crueles suplicios: pero sino se nos puede acusar mas que nuestro nombre (porque hasta ahora todas son hablillas vagas y calumniosas, y ningun Cristiano ha sido convencido de delito alguno); vo-

sottos, ó grandes Principes, Principes humanos, Principes sabios, vosotros debéis defendernos por medio de las leyes. No implorámos para nosotros sino aquella misma beneficencia, que es la base de la felicidad de vuestros pueblos. Haced, pues, de modo, que nosotros podamos tambien tributaros gracias, y congratularnos de estar, mediante vuestra proteccion, á cubierto de los tiros de la calumnia. Vuestra justicia es demasiado grande, para que podais sufrir, que al paso que á ningun acusado se le castiga hasta despues de convencido, nosotros únicamente seamos condenados por solo nuestro nombre, sin que se atienda á nuestras razones: porque es constante, que los Jueces no exáminan, si un Christiano ha cometido algun delito, sino que este nombre va por sí solo acompañado de la infamia del crimen. Pero no hay cosa mas indiferente en sí, que un nombre; las buenas ó malas acciones son las que caracterizan al hombre de virtuoso ó vicioso. Vosotros mismos, ó Principes sábios y Filósofos, conoceis lo que yo digo mejor que nadie. Todos los que son citados ante vuestro Tribunal, por qualquiera crimen que sea, descansan sobre la seguridad que tienen de que no se les hará un crimen de sus nombres, ni los condenaréis tampoco, sino se prueban los delitos que se les imputan; de que la justicia sola, en una palabra, dictará la sentencia de su condenacion, ó de su justificacion.

No piden los Christianos , sino solo aquello que concedéis á todos nuestros vasallos , como una justicia. Que no se nos aborrezca , y que no se nos castigue por solo nuestro nombre , que no es por cierto ningun crimen ; sino que primero se tomen informaciones acerca de los crímenes , que se nos imputan. Quando seamos convencidos , castiguesenos enhorabuena ; pero declaresenos tambien por inocentes , si lo somos en la realidad. Me atrevo á asegurar ; que no encontraréis criminales entre los Christianos , y si es que encontrais alguno , no lo reputeis por Christiano , porque no lo es sino en el exterior. Quando se procede en juicio contra un Filósofo , no se le juzga inocente ó culpable , á causa de la ciencia que profesa ; sino que , si se averigua que es criminal , es castigado , sin que de este hecho se le siga deshonor alguno á la Filosofía , que es inocente , y no se puede decir que es criminal , sino porque no es un verdadero Filósofo ; pero si la acusacion es calumniosa , queda absuelto. Pues á este modo , tratesenos con la misma justicia , exáminese nuestra vida ; pero quede absuelto nuestro nombre.

Antes de dar principio á nuestra Apología , debo , ó grandes Príncipes , suplicaros , que me escuchéis con la imparcialidad de que estaispreciados , y que no os dexéis llevar de hablillas populares y absurdas. Haced que el amor á la verdad y á la ciencia , que profesais , presida á nues-

tra sentencia : y quando hubiesemos nosotros confundido la impostura , dexará indubitablemente de hacernos la guerra.

N. 3. Tres son los enormes crímenes de que nos acusan; conviene á saber, de que somos ateistas, incestuosos como Edipo, y antropófagos como Tiestes. Si llegan tales crímenes á justificarse, no perdoneis edad ni sexó, exterminadnos sin comiseracion: porque ¿qué género de suplicios podría igualar á una especie de delitos, de que apenas se encontrarán exemplos entre los animales mas feroces? Pero si todas estas acusaciones no son mas que unas atroces calumnias, y una consecuencia natural del encarnizamiento del vicio contra la virtud, supuesto que por un decreto divino, se ha encendido una guerra eterna entre los seres que son contrarios; si vosotros mismos, digo, sois testigos de nuestra inocencia; es obligación vuestra aseguraros acerca de nuestra conducta, de nuestra doctrina y de nuestra sumision á vuestra autoridad y á vuestras personas. La equidad pide, que se mantenga igual la balanza entre nuestros acusadores y nosotros. De este modo pueden estar seguros de la victoria unos hombres, que todos los días ofrecen sus vidas por la verdad.

N. 4. Or. I. Atenágoras refuta la acusacion de Ateismo. Cita un número considerable de Autores Paganos, Filósofos y Poetas, que han opinado diferentemente acerca de la Divinidad; y demues-

tra que los mas ilustres no han reconocido en el fondo sino un Dios, un Sér, y aun solo un Espíritu Supremo, que ha formado los cuerpos, ó por lo menos que los mueve y los gobierna. ¿Por qué, pues, continúa este Filósofo Christiano, se les ha de permitir que digan y escriban quanto se les antoje acerca de Dios, sin otro fundamento que el que prestan algunas conjeturas muy arriesgadas; y la ley nos ha de hacer un crimen á nosotros, que estamos ciertos de nuestra doctrina, y que podemos probarla con solidéz? En efecto, de aquí pasa á probar, por medio del discurso y de los Profetas, que no puede haber sino un Dios.

Los Atenienses, dice, condenáron á Diágoras como Ateista, y lo condenáron con razon, porque negaba abierta y públicamente la existencia de un Dios. Pero ¿qué fundamento puede haber, para que se nos condene como Ateistas á nosotros, que confesamos abiertamente la existencia de Dios, que lo distinguimos de la materia, y enseñamos que un espacio inmenso los separa; que Dios es eterno é increado; que el alma solamente y la razon pueden conocerlo, pero que la materia es creada y corruptible? Si nosotros opinásemos como Diágoras acerca de la Divinidad, no obstante que esta se manifiesta por todas partes en la admirable armonia, en el orden inalterable, en la inmensidad, en la magnificencia del universo; enhorabuena que nos tratasen de Ateistas, y nos cas-

figasen como á tales: pero puesto que nosotros reconocémos un Dios sin principio (porque lo que es no comienza, sino solamente lo que no es), un Dios, vuelvo á decir, que todo lo ha hecho por su Verbo; es contra toda razon, y contra toda justicia, que nos desacrediten y nos persigan como á Ateistas.

No reputais por Ateistas, ni á los Poetas, como Eurípides y Sófocles, que no admitian, segun se vé, sino un Dios principio de todas las cosas, ni á los célebres Filósofos, que han opinado del mismo modo. Platón reconocia un solo Dios eterno é increado, padre de los Dioses; Aristóteles da el nombre de Dios á un animal compuesto de cuerpo y alma, de una alma que preside al cuerpo, y que es inmovil, aunque es principio de todo movimiento; los Estóycos finalmente pretenden que Dios es un Espíritu, que está sujeto á las mutaciones de la materia que penetra, un fuego que encierra en sí las semillas y la vida de todos los seres, conocido baxo distintos nombres, pero realmente único. Sin embargo, pues, no los teneis por Ateistas, y permitis que sostengan sus diversos sistemas acerca de la Divinidad; los cuales sistemas no los han recibido de Dios, sino que cada uno se los ha forjado á su antojo; por cuyo motivo se han descarreado y dividido en tantas opiniones opuestas, acerca de Dios, acerca de la materia, y acerca del mundo. ¿Cómo es, pues, que nos teneis

¿nosotros por Ateístas? ¿Por qué pretendéis quitarnos el derecho que tenemos, de conservar acerca de la Divinidad los sentimientos, que nos han sido revelados por los Profetas, inspirados por el Espíritu divino? Vuestra sabiduría y vuestra piedad os harán ver, que sería enteramente injusto abandonar una creencia, que nos han transmitido los Profetas de Dios, para dar sobre ella la preferencia á unas opiniones humanas.

N. 8. El discurso, de acuerdo con la autoridad divina, nos convence de que no puede haber mas que un Dios. Si hubiera muchos, como todos serian increados, no podrian ser semejantes (a); supuesto que solamente puede hallarse la semejanza entre seres creados y engendrados unos de otros. Por otra parte, Dios es un sér simple, inalterable é impasible. ¿En qué lugar podrian estar estos Dioses, si hubiera muchos? Ni podrian estar en el mundo, ni sobre el mundo; porque el Criador del mundo llena necesariamente el mundo, que es su obra: ni podrian gobernar al mundo ni á los hombres que únicamente dependen de su Autor: ni podrian estar en parte alguna; ni finalmente podrian hacer nada. Con qué no hay sino un Dios, autor, conservador y moderador de los hombres y del mundo.

(a) Sin duda, como los Paganos imaginaban á sus Dioses. Conviene tener presente, que nuestro Apolo- gista habla con aquellos, en cuya suposicion, sus razones son tan oportunas como sólidas.

N. 9. Si nuestra doctrina no estuviese apoyada mas que sobre el discurso, no pasaria los límites de una doctrina humana; pero nosotros la hemos tomado de los Profetas. Porque no es posible que ignoreis, segun es vuestra ilustracion, que nosotros hemos tenido un número considerable de Profetas, como Moysés, Elías, Jeremías, &c. por cuyos órganos nos ha revelado Dios las verdades que profesamos.

Escuchemoslos. »El Señor es nuestro Dios, y »no hay nada que se pueda comparar con él. Yo »soy Dios, dice el mismo, primero y último: no »hay otro Dios que yo; no ha habido tampoco Dios alguno semejante á mí, ni lo habrá jamás. El Cielo es mi trono, y la Tierra es el »escabelo de mis pies. ¿Qué morada podríais construir para mí?» (*Isai. 41. 43. 45. 65.*)

N. 10. Yo he probado suficientemente, concluye Atenágoras, que de ninguna manera somos nosotros Ateistas, supuesto que reconocemos un Dios que existe por sí mismo, un Espíritu puro, eterno, invisible, impasible, inmenso, Todo-Poderoso, que todo lo ha criado y ordenado, y que todo lo conserva por su Verbo ó su Hijo. No hay, pues, para que ridiculizar la idea que nosotros tenemos del Hijo de Dios. Lo que nosotros creemos acerca de Dios y de su Hijo, no se parece de ningún modo á las fábulas de los Poetas, que pintan á sus Dioses ni mas ni menos que á los hombres. El Hijo de Dios es el pensamien-

to y la virtud del Padre: el Padre y el Hijo no son sino uno: el Hijo está en el Padre, y el Padre está en el Hijo, por la unidad y poder del Espíritu.

Si os quereis servir de la sagacidad de vuestro ingenio, para comprehender, quien es este Hijo, yo os lo diré en pocas palabras. Es la primera produccion del Padre; no porque haya sido hecho como las criaturas, pues desde el principio, Dios que es un espíritu eterno, tiene en sí mismo su razon, su Verbo eterno; sino que este mismo Verbo ha sido la forma y principio de todas las criaturas. Asi nos lo enseña el Espíritu Profético: *El Señor me poseyó en el principio de sus caminos para sus obras.* (Prov. 8.) Y este mismo Espíritu Santo que ilumina á los Profetas, decimos tambien, que dimana de Dios, al modo que el rayo dimana del Sol. Esto supuesto, ¿quién no se admirará de que sean tachados de Ateistas aquellos que dicen, que hay un Padre Dios, un Hijo Dios, y un Espíritu Santo, unidos en poder, y distintos en orden? Ni aquí pára nuestra Teología; porque además de todo esto reconocemos tambien un número considerable de Angeles y de Ministros, que Dios ha criado, y á quienes ha encomendado la custodia de los elementos, de los cielos y del universo.

N. II. Atenágoras pasa luego á la moral. Yo, dice, os explico con exáctitud nuestra doctrina, para que sabedores de la verdad, despreciéis las

hablillas populares, que carecen de todo fundamento. Nosotros podemos haceros ver, quán lejos estamos del ateismo, por los mismos preceptos de nuestra Religion, que no son seguramente invenciones de los hombres, sino que el mismo Dios nos los ha dado y enseñado.

Escuchad algunos de estos preceptos; por donde podais juzgar de los demás: „Amad  vuestros enemigos; haced bien  los que os aborrecen; orad por los que os persiguen y os calumnian; para que de este modo os podais llamar hijos de vuestro Padre celestial, que hace que su sol salga sobre los buenos y los malos, y que caigan sus lluvias sobre los justos y los injustos.“ (*Mat. 5.*)

Same permitido,  Principes Filósofos, preguntar ahora; entre esos Gramáticos, esos Filósofos, que exponen orgullosamente su ciencia en medio de sus oyentes, hay por ventura algunos, que pongan en práctica estos sublimes preceptos; que sepan volver el bien en cambio del mal; amar sinceramente  sus enemigos, y orar aun por aquellos, que maquinan contra su vida? No se vé, por el contrario, que se emplean día y noche en armarles lazos, y tramar su pérdida? De suerte, que hacen ver en un todo, que profesan el arte de bien decir, mas no el arte de bien obrar.

Pero entre nosotros, hallaréis artesanos, ignorantes, mugeres ancianas, que no os demonstra-

rán, por medio del discurso, la verdad de nuestra doctrina, pero que os persuadirán la excelencia de ella con su conducta. No aprenden de memoria discursos eloqüentes, porque les basta hacer acciones virtuosas; no se defienden, aunque se vean maltratados; no ponen por justicia á los que les roban sus propios bienes; sino que antes les dan quanto les piden. Finalmente aman á todos los hombres, como á sí mismos.

N. 12. Pues si nosotros no supiéramos, que hay un Dios, testigo y juez de todas nuestras acciones, ¿os parece, que poseeríamos en grado tan eminente la inocencia y la perfeccion? Mas como estamos persuadidos de que el Sér Supremo, que ha formado al mundo y al linage humano, es tambien su moderador, hemos abrazado un género de vida, despreciado de la muchedumbre, pero cuyo carácter está fundado sobre la modestia y el amor de los hombres. Nada tememos sobre la tierra, ni aun á la muerte, porque despues de esta vida esperamos la felicidad, que el Supremo Juez nos ha prometido, como premio de la virtud, y con la qual no hay cosa que pueda compararse.

Platón pretende, que Mínos y Radamanto juzgarán y castigarán á los malos: pero aun quando ni Mínos, ni Radamanto, ni su padre tampoco existan, ninguno podrá libertarse del juicio de Dios.

¡Cómo! ¡Serán tenidos por piadosos y religio-

sos aquellos, que nada ven mas allá de la vida presente; que creen, que la muerte es un profundo sueño, un eterno olvido de todo; y cuyo refrán ordinario es, *comamos y bebamos, porque mañana moriremos*; y han de ser por el contrario tachados de impíos y de ateistas unos hombres, que no hacen aprecio alguno de esta vida, que no fixan la atencion sino en la vida futura, en aquella bienaventuranza superior á nuestras expresiones, y á la qual sabemos con seguridad que no arrivaremos, sino es que nos hubieremos conservado puros é irreprehensibles, y hubieremos perseverado en la fe de un solo Dios, de su Verbo, y de su Espíritu, siempre unidos, y sin embargo distintos!

Atenágoras responde luego á las acusaciones, que se interponian contra los Christianos, porque no ofrecian sacrificios á los Dioses, y no adoraban á los ídolos, ni cosa alguna material. El divino arquitecto, dice, el Padre del universo no necesita de sangre, ni de humo, ni de flores, ni de perfumes; de nada necesita, porque todo lo halla en sí. El único sacrificio que le es agradable, y el que nos pide es, que lo reconozcamos por el que ha dilatado los cielos sobre nuestras cabezas, y afianzado la tierra debaxo de nuestros pies, congregado las aguas del mar, separado la luz de las tinieblas, sembrado de astros el firmamento; que ha hecho brotar del seno de la tierra toda especie de plantas, ha cria-

do todos los animales, y formado al hombre á su imagen: y que le adoremos como al que conserva y rige todas sus obras, y elevemos hácia él las manos puras. Este es un sacrificio, que borra todos los hecatombas. Dios pide una víctima no sangrienta; pide un culto iluminado y racional (a).

Atenágoras realza las contradicciones y extravagancias de la Religion Pagana. Si nosotros, dice, somos impíos, porque no tributamos adoracion á vuestros Dioses, todas las demás Naciones, que adoran Dioses diferentes, serán tambien impías.

N. 15. Luego demuestra, quán absurda cosa es adorar una materia pasiva é inanimada. ¡Qué! ¿Porque haya un gran número, que confunde á Dios con la materia, y adora vanos simulacros; nosotros, que sabemos distinguir á Dios de la materia, lo que es increado de lo que ha sido criado, lo que es de lo que no es; nosotros, repito, hemos de incurrir en una ceguédad tan grosera? ¿Pasaremos por impíos, porque no ado-

(a) No hay necesidad de guiendo en esto el espíritu que yo haga notar aquí la y uso de la Iglesia en aquellos primeros siglos; reservando prudente reserva del Apolo- llos primeros siglos; revelando gista de la Religion, el qual les el secreto de nuestros misterios, por no exponerlos á las blasfemias y á la burla de los ciegos adoradores de los idolos. se vale precisamente de las Misterios, por no exponerlos á las blasfemias y á la burla de los ciegos adoradores de los idolos. evita cuidadosamente, si-

rámos la piedra , el oro , y la plata , como si fueran Dioses? ¿No distinguís vosotros mismos al obrero de la obra , al alfarero del vaso de tierra? ¿No alabais tambien y honrais al artista por la industria y el primor con que ha manejado la materia? Pues sabéd , que el mundo no debe , sino á Dios solo , la hermosura y magnificencia , que nos arrebatan ; y si nosotros pudiéramos mirar al mundo como á un Dios , ni tendríamos siquiera las primeras nociones de la Divinidad ; porque igualaríamos una materia vil y perecedera con el Sér eterno.

N. 16. Ninguno de vuestros vasallos se dexa deslumbrar de la magnificencia de vuestros palacios , hasta el extremo de tributarles sus homenajes , y encaminar hácia ellos sus peticiones. ¿Cómo es , pues , que se hallan hombres , que olvidan á su autor y al del mundo entero , y prosituyen sus adoraciones á este mismo mundo , que no es tampoco sino el palacio y la obra de Dios? Y si yo no puedo adorar al mundo , ¿cómo podré tampoco adorar las obras de los hombres?

N. 17. *hasta 31.* Atenágoras prueba que los nombres , así como tambien los simulacros de los Dioses , obras de los hombres , son recientes , y que no puede referirse el culto de los simulacros á los Dioses de los Paganos , porque no son Dioses. Ellos han sido criados , como confiesan los Poetas y los Filósofos , han tenido un principio ; luego son perecederos , y por consiguiente no son

Díoses. Atenágoras encarece luego las pasiones , los desórdenes y los crímenes de los Paganos : sostiene que los Demonios han precipitado á los hombres en la ceguedad y en la idolatría , y que los engañan por medio de prestigios y falsos prodigios. Hace notar , que segun los historiadores y los poetas , los Díoses han sido originariamente hombres. ¿Y cómo de hombres han podido pasar á Díoses? Porque puesto que nacióron , debióron necesariamente morir , y en esto están conformes los Autores Paganos.

En una palabra , ó lo que refieren vuestros poetas y vuestros historiadores , acerca del nacimiento , de las pasiones y de los desarreglos de los Díoses , son otras tantas fábulas ; ó todo esto es conforme á la verdad. En el primer caso , ¿qué apoyo tiene el culto que se tributa á esos Díoses? En el segundo ; luego esos Díoses no son sino hombres , y hombres dignos de desprecio y de horror ; ó por mejor decir , no son nada , porque si nacióron como los demás hombres , debióron tambien morir como ellos. Ni hay que recurrir á las alegorías para salvar la infamia del Paganismo ; porque si Júpiter , por exemplo , no es otra cosa que la materia del fuego , segun los Estóycos , Juno el ayre , Neptuno el agua ; es constante , que todos estos elementos , que reconocen por autor al Criador del Uníverso , no son Díoses ; y ni siquiera podrian subsistir , ni entrar en la composicion del mundo , si no fue-

ra por orden de la providencia de Dios. Luego no porque nosotros nos resistamos á adorar unas Divinidades de esta especie , somos Ateistas: porque adorámos al único verdadero Dios , Criador del universo , con su Verbo y con su Espiritu (a).

N. 31. II. Atenágoras pasa á la acusacion de incesto. Yo creo, dice, que lo hasta aquí dicho basta, para que los Christianos queden suficientemente justificados de los crímenes, que se les imputan. No es otro el fin de todas estas imposturas, que el hacernos odiosos, y mantener siempre pretextos para perseguirnos. De este modo han sido perseguidos en todos tiempos los Filósofos, que enseñaron la verdad, y por este medio se dió la muerte á Sócrates.

Vosotros no poneis duda en que unos hombres, que se proponen á Dios por regla y por modelo, y que están resueltos á conservarse pu-

(a) Hablando de los Angeles , propone Atenágoras algunas opiniones singulares, que manifiestan que no tenia ideas exáctas de su espiritualidad : *Ex his Angelis virginum amatoribus nati sunt gigantes seu Demones*. Estos mismos errores se encuentran en algunos Escritores antiguos , antes y despues de Atenágoras, como por exemplo en San Justino: pero una vez que con el trascurso del tiempo han sido olvidados, sería inútil que nos detuviésemos á ventilarlos y combatirlos. Basta decir, que los Angeles y los Demonios son por su naturaleza puros espíritus, y que todo lo que lleva la idea de materia, de generacion humana, ó de qualquiera composicion, no puede en manera alguna convenirles.

ros é irreprehensibles á sus ojos, son capaces de huir hasta de los pensamientos criminales. Si nosotros no conociéramos otra vida, que la presente, podria sospecharse que nos dexabamos llevar de la carne y de la sangre, y que nos entregabamos á la avaricia y al deleyte: pero estando persuadidos, como lo estamos, de que Dios está presente dia y noche á todas nuestras acciones, que es todo luz, que vé hasta en el fondo de nuestros corazones, y que si salimos inocentes de esta vida, nos uniremos á él en el Cielo, en donde gozaremos de una vida incomparablemente mas dichosa, pues no estaremos sujetos al dolor, ni á alteracion alguna, y si por el contrario seguimos el exemplo de los malos, seremos precipitados con ellos á las llamas eternas; ¿es en manera alguna verisimil, que con todo conocimiento prefiramos el ser criminales, y caer en las temibles manos del Juez supremo?

N. 32. No por cierto. Mas no sería extraño, que los adoradores de los Dioses nos atribuyesen los mismos desórdenes, que ellos ensalzan en sus Dioses, cuyas pasiones y placeres licenciosos son para aquellos otros tantos misterios.

Por lo que hace á nosotros, estamos tan lejos de semejantes desbarros, que ni siquiera nos permitimos una mirada acompañada del deseo. *Aquel*, dice nuestro divino Maestro, *que ha mirado á una muger con deseo del crimen, ya lo ha cometido en su corazon.* (Matt. 5.) ¿Y cómo podria-

mos dexar de ser castos é irreprehensibles nosotros, que nos servimos de los ojos con tanta cautela, que no los creemos destinados sino para iluminar los cuerpos, y que esperamos un dia en que tendrémos que dar cuenta de todos nuestros pensamientos? Porque la Ley, que nosotros observamos, no es como las leyes humanas, de las cuales pueden substraerse los malos, sino que nos ha sido dada por el mismo Dios; y esta divina Ley arregla todas nuestras obligaciones para con el próximo. Segun la diferencia de las edades, nosotros consideramos á unos como á hijos nuestros, y á otros como á nuestros hermanos y hermanas, y á los que son mayores en edad, los honramos como á nuestros padres y á nuestras madres. Nosotros nos imponemos tambien una obligacion capital de conservar la inocencia de aquellos, á quienes miramos como nuestros parientes.

N. 33. Como estamos de continuo alimentados de la esperanza de la vida eterna, mirámos con sumo desprecio esta vida fugitiva, y hasta los placeres del espíritu. No nos casamos, segun vuestras leyes, sino con el objeto de tener hijos; seguimos el exemplo del labrador, el qual despues que ha confiado la semilla á la tierra, espera con paciencia el tiempo de la siega. Y aun encontraréis entre nosotros muchas personas de uno y otro sexô, que envejecen en el celibato, con la esperanza de que por este medio se unirán á Dios mas estrechamente.

N. 34. A esta pintura de la castidad de los Christianos opone Atenágoras las desarregladas costumbres de los Paganos, los quales quisieran encontrar cómplices entre los Fieles, y se abandonan á toda suerte de crímenes y placeres contra la naturaleza, imitando en esto á sus mismos Dioses.

III. Responde finalmente Atenágoras á la última acusacion, de *que los Christianos comian carne humana*. ¿Contra quienes, dice, se encarniza la calumnia? ¿Quiénes son acusados de homicidios y de crueldades contra la naturaleza? Unos hombres, que ni siquiera pueden defenderse, quando son ofendidos, ni pueden dexar de bendecir al que los maldice: porque no satisfechos con la simple justicia, que consiste en pagar en la misma moneda, aspiran todavía, y se proponen ser buenos y sufridos.

N. 35. Preguntese á nuestros acusadores, si hablan como testigos oculares: no habrá uno siquiera tan impudente que lo asegure. Algunos hay entre nosotros, que tienen esclavos, de quienes no era facil que se ocultáran; pero ninguno de estos esclavos puede haber inventado semejantes calumnias contra nosotros.

¿Y cómo es posible, que seamos acusados de que matamos, y comemos á los hombres, quando ni aun nos está permitido asistir á las ejecuciones de los criminales? ¿Quien hay que no tenga aficion á los espectáculos de los gladiado-

res y de las bestias? Solamente nosotros, que los miramos con horror, porque estamos persuadidos de que apenas hay diferencia alguna entre mirar con complacencia las muertes, y cometerlas. Pues unos hombres, que proceden con tan escrupulosa delicadeza, ¿es creíble, que habian de ir á manchar sus manos con la sangre de sus semejantes? Nosotros reputamos por homicidas á las mugeres, que procuran el aborto, y creémos que serán castigadas en el tribunal de Dios; ¡y podríamos degollar á los hombres! Nó, no es posible, que unos hombres que creen, que Dios cuida del infante encerrado en el vientre de la madre, y que venga con severidad su muerte, crean que pueden matarlo á sangre fría: ni es posible tampoco, que unos hombres, que se tendrían por parricidas, si expusieran sus hijos, sean capaces de darles muerte, despues de haberlos ya criado. En una palabra, nosotros siempre caminamos de acuerdo con nosotros mismos, y con los principios de la razon.

N. 36. Por otra parte, ¿se puede presumir, que los Christianos, que creen la resurreccion de los cuerpos, se alimenten de estos mismos cuerpos? Pero los que ni creen en la resurreccion, ni en el juicio de Dios, sino que piensan por el contrario, que el alma muere con el cuerpo, no sería extraño, que hallandose sin freno alguno que los contenga, se abandonasen á toda especie de delitos. Por la razon contraria, los que están

persuadidos de que todo se hará patente en el juicio de Dios, y que el cuerpo participará del castigo del alma, despues de haber sido el instrumento de sus desórdenes y de sus placeres criminales; es verisimil que se abstendrán aun de las culpas mas leves.

Si parece quimérico, que unos cuerpos reducidos á corrupcion y polvo sean restituidos á su primer estado, por lo menos no se nos podrá tachar sino de demasiada credulidad, y á nadie causarán perjuicio nuestras opiniones. Sin embargo, hay muchos Filósofos, que piensan como nosotros, acerca de este punto; pero no es este lugar oportuno, para que nos extendamos sobre esta materia. Dexemos esta discusion para otro tiempo (a).

N. 37. Por lo que hace á vosotros, ó Príncipes, llenos de bondad, de moderacion y de humanidad, qualidades que debeis mas á la naturaleza, que á la ciencia; supuesto que he rechazado todas las calumnias que se intentan contra los Christianos, supuesto que os he convencido de nuestra inocencia y de nuestra piedad hácia Dios, dignaos ahora sernos favorables. Nuestros mas ardientes deseos no tienen otro objeto que á vosotros, para que el Hijo succeda felizmente al Padre, y vuestro Imperio se consolide y extien-

(a) Parece que Atenágoras *la resurreccion de los muertos*, se refiere aquí á su *Tratado de* que todavia conservamos.

da de día en día. Nosotros mismos nos interesamos en vuestra prosperidad, porque de este modo podremos pasar nuestros días en paz, y volar sin riesgo ni obstáculo á qualquiera parte que nos enviáreis.

Fin de la Apologia de Atenágoras.